



Ilustración 1: Agrupación Cultural de Teatro. Tarrasa 1967

La preparación de cara al montaje de un texto dramático, como se puede suponer, es muy compleja y consta de varias etapas: primero la elección del propio texto a interpretar, para ello hay que tener en cuenta a qué público irá destinada su representación, luego viene lo más importante, sobre todo para un grupo de aficionados, saber el material humano con el que se cuenta, el presupuesto económico, y el grado de confianza que se puede tener de cobrar lo estipulado por una función, no siempre al final salen las cuentas como uno las había hecho.

Una vez acordados todos estos temas, el grupo se pone manos a la obra. El reparto, este es un punto conflictivo pues a veces hay personajes muy disputados por algunos miembros del grupo y es difícil cerrar este capítulo. La primera lectura, que suele ser un desastre si el director, sobre la lectura, se va imaginando la acción sobre el escenario; los ensayos son un constante mal de cabeza por las dificultades que se presentan a la hora de reunir en un mismo lugar a todos los participantes. Estas y muchas otras son las dificultades que se suelen presentar antes de poder decir la frase definitiva: ¡Se levanta el telón!

Aquí empieza la verdadera angustia para los actores y actrices: verse frente al público, ese monstruo oscuro, negro, de enorme boca capaz de engullirte por completo, y entonces sientes la necesidad de salir de allí corriendo. Sus silencios y sus murmullos suelen tener una interpretación muy personal. Pero todo esto, unido, es el alimento de quienes encuentran, en su exposición ante un público, todo lo necesario para continuar en esa ingrata, y gratificante a la vez, afición por El Teatro.

* * *

Cuando yo participé en el grupo teatral “Agrupación Cultural del Teatro”, durante mi estancia en Tarrasa, (este grupo estaba dirigido por el enguerino Teodomiro Rovira, gran amante del teatro) tuve oportunidad de vivir todas estas peripecias muchas veces, y cada vez me animaba más a participar en ellas. Además, a nivel personal, cada uno tenía sus propios métodos para prepararse para ser un buen intérprete: asistir a cursos en alguna Escuela de Arte Dramático, o asistiendo a grupos de trabajo, donde, mediante ejercicios, perfeccionar sus facultades interpretativas. No era raro que alguno de sus componentes apareciese en la reunión con un ejercicio escrito por él mismo. En este caso, el ejercicio que les presento a continuación, fue uno de los que yo mismo aporte al grupo.

EJERCICIO PARA DOS.

Por Emilio MARÍN TORTOSA

Un día, de un año indefinido, en una casa cualquiera. ELLA y El.

EL y ELLA son una pareja sin hijos. Están en esa edad madura cuando la rutina de una vida sin sobresaltos suele dar paso al aburrimiento. Un acontecimiento viene a cambiar sus vidas.

Están en la sala de casa. EL sentado lee el periódico. ELLA no para de moverse mientras va cambiando cosas de su sitio.

Ella.- ¿Qué? ¿Todavía no te marchas? ¡Vas a llegar tarde!

El.- (Detiene la lectura) No mujer ¡Sobra tiempo!

.- ¡Sobra tiempo! ¡Sobra tiempo! Tú siempre me dices lo mismo. No sé cómo puedes estar tan tranquilo. Yo estoy hecha un puro nervio.

.- Creo que exageras mujer. (Y sigue la lectura)

.- ¿Qué exagero? No sé si te has dado cuenta que hoy es un día especial en esta casa.

.- ¿Cómo no darme cuenta? Hace ya tres horas que nos hemos levantado, y tú llevas esas tres horas sin parar de un lado para otro, dando la vuelta a toda la casa.

.- Quiero que todo ocupe su lugar adecuado. Que todo parezca perfecto. (Y sigue cambiando cosas de sitio)

.- ¡Bonita manera de buscar la perfección!

.- (Que sigue en la tarea de cambiarlo todo) ¿Crees que esto queda bien aquí?

.- (Sin mirar) ¡Sí mujer, sí!

.- ¡Ay! ¡Qué antipático eres!

.- Si no dejas las cosas quietas, en el mismo lugar, es imposible apreciar si queda bien o no.

.- Podías colaborar un poco más hombre. Entonces, ¿Te parece bien aquí?

.- (Mirando) ¡Sí mujer! ¡Déjalo ya! Y cálmate. Te va a dar algo.

.- ¡Estoy muy nerviosa! (Junto a él) ¿Crees que le gustará la casa? ¿Crees que todo estará a su gusto? ¿Te gustan las cortinas que he colocado? (Se levanta) ¿El florero está bien así?

.- Nadie va a venir a pasar revista. No es para tanto, mujer.

.- ¡Para mí sí lo es! Esta casa es nuestro hogar ya hace más de treinta años. Desde el día de nuestra boda. Siempre he procurado tenerlo todo ordenado a nuestra comodidad. Y ahora así, de pronto, alguien va a venir a vivir a esta casa con nosotros. ¿Te das cuenta de lo que ello supone?

.- Pero si se trata solo de mi sobrino.

.- Tu sobrino es un joven de diecinueve años. Tendrá otros gustos distintos a los nuestros. Otras costumbres.

- Él viene a estudiar. Seguro que no para aquí en la casa más que para dormir. Que más le dará que ese florero esté ahí o en cualquier otro lugar. No creo que a él le importen esas cosas.

- ¿Por qué no?

- Los chicos a esa edad no se fijan en esas cosas. No se dará ni cuenta.

- Él viene a vivir a una casa de personas de otra generación, de otra forma de vida. Estamos en los setenta, y la vida ha cambiado mucho en poco tiempo. Eso, yo, no lo puedo evitar, pero no quiero que tenga la sensación de que está viviendo en una casa de viejos.

- Creo que te estás preocupando demasiado. Una preocupación sin causa alguna. Estás sacando las cosas de quicio.

- Cuando recibimos la carta diciendo que Daniel venía a estudiar a la ciudad, y que se podía quedar en nuestra casa, en un primer impulso estuve tentada a decir que no. Meter un extraño en casa, por muy sobrino tuyo que sea, no era una buena idea. Nosotros no hemos tenido hijos, y estamos acostumbrados a vivir solos. Uno para el otro, y todo para los dos. Eso iba a significar toda una revolución en nuestro día a día. Y la certeza de que todo iba a cambiar, me hizo reflexionar.

- ¡Vaya!

- ¿Por qué no? Tal vez sea eso lo que le viene haciendo falta a esta casa: un cambio. Un cambio en nuestras vidas. Y por ese motivo accedí de buen grado a que tu sobrino se instalase en esta casa.

- Y yo agradezco tu comprensión. También para mí va a significar mucho. Me veo tan poco con mi hermana y su familia. Tengo tan pocas oportunidades de hacer algo bueno por ellos, esto va a ser una oportunidad para enmendar ese error. ¡Gracias mujer!

- (*Ella va a lo suyo*) Dará un poco de calor y color a esta casa. Ahora estoy empezando a darme cuenta de lo sombría que es. Falta el alboroto que siempre hace la gente joven. ¿No has añorado la risa y el llanto de ese hijo que nunca tuvimos? Esta casa es tan triste. Tan triste,...



UN SILENCIO. HA PASADO UN ÁNGEL.

- Mujer, yo creí que esta casa te gustaba.

- ¿Cómo puede gustar una casa vacía?

- ¿Una casa vacía? No te entiendo mujer.

- Cuando tú te marchas de la casa, yo me quedo sola. Sola. ¿Entiendes? Nunca lo he comentado porque creí que eso era lo normal. Las mujeres sin hijos debían permanecer solas en casa. Ese era nuestro castigo. Pero el conformismo no podía evitar sentir esa sensación de soledad, y que la tristeza se apodere de mí con frecuencia. Es como si las paredes, en tu ausencia, estrechasen el espacio, cambian de color, y se convierte en una casa extraña. No es lo mismo cuando tú no estás aquí. A veces salgo a la calle para sentir que estoy viva. Que todavía existo. Que aún no he muerto.

- Mujer, ¿Qué dices? Me asustas. No entiendo por qué dices eso. ¿Desvarías? Yo creía que eras feliz. Que éramos felices.

- Sí, sí somos felices. Pero a nuestra manera. Aunque no lo quieras reconocer, estamos los dos solos. Solos, y algo tristes. ¿No te parece?

- Oyéndote creo que no es buena idea que mi sobrino venga a esta casa. ¡Estás trastornada!

- ¡No! ¡No! Si eso es lo bueno. Estos días siento rejuvenecer. Me noto más viva y tú no te has dado cuenta.

- Mujer, me preocupas. Yo creía que todo entre nosotros iba bien. Que a pesar de la falta de hijos, habíamos conseguido un equilibrio casi perfecto en nuestras vidas. Y ahora me estoy preguntando en qué habremos fallado.

- ¡Ah! No tenemos que culparnos por nada. Nuestra vida es perfecta. Perfecta, pero de espaldas a la realidad. Y esto va a significar un cambio que nos puede volver a la realidad de la vida, y nos hará sentir diferente. Mejor.

- Espero que sea para bien.

- ¡Pues claro que sí hombre! Ya lo verás. ¿Ves? Te has puesto triste. Eres como un chiquillo. *(Ella le besa)* No te preocupes, verás como todo sale bien.

(ELLA VUELVE A RETOCAR LOS OBJETOS)

- Oye, ¿Y si cambiamos todo esto un poco?

- ¿Todavía más cambios?

- Me refiero a darle otro aire. Dar un ambiente distinto al salón. ¿Dices que todavía hay tiempo antes de salir para la estación?

- ¡Más de dos horas!

- ¡Bien! ¡Échame una mano!

- ¿Otra vez mujer?

ALGO PARECE QUE CAMBIA EN LA LUZ Y EL COLOR QUE RODEA A LA PAREJA.

- ¡Ven! Siéntate a mi lado. Quiero confesarte algo: Estos últimos días, mientras tú estabas en el trabajo, he salido a la calle. He entrado en

alguno de los bares que frecuenta la gente joven. Para observar. Quería ver de cerca sus costumbres, cómo visten, cuáles son sus temas de conversación. También he ido a ver las películas que dicen que les gustan a ellos, a los jóvenes. Y me he dado cuenta de lo lejos que estamos de la juventud de estos tiempos. No sabemos nada sobre ellos. Les oímos hablar, y como no les entendemos, sacamos conclusiones precipitadas y erróneas. No nos comunicamos con ellos. ¡Para el poco caso que les hacemos!

.- ¡Me estás dejando de piedra!

.- Y con la ropa nos pasa lo mismo. La forma de vestir es un código. Como la enseña de un colectivo concreto. Su vestimenta dicen cómo son y a dónde van, y a qué panda pertenecen. Tú sabes, que antiguamente las tribus se pintaban el cuerpo, y la forma de las pinturas decían quiénes eran y a qué colectivo pertenecían. Pues hoy la ropa, entre los jóvenes, les sirve para lo mismo. Se dejan barba, o no se cortan el pelo, según sean de unos y otros.



.- ¿Y todo eso lo has aprendido en unos días?

.- Por eso te digo que a la casa le conviene cambiarle la cara. Ponerla al día. No quiero que él y sus amigos, porque algún día los traerá aquí, se sientan incómodos. Mira: cuando entran en casa, se descalzan, tiran la ropa por cualquier sitio, se sientan en el sofá poniendo los pies encima, toman una cerveza, encienden un cigarrillo, y tiran la ceniza por el suelo.

.- ¿Dices que se sientan poniendo los pies sobre el sofá?

.- ¡Claro! Dicen que es más cómodo.

.- (Descalzándose) ¿Cómo? ¿Así?

.- ¿Qué haces marrano? ¡Quita los pies de encima del sofá!

.- Solo quería ponerme cómodo.

.- ¡No has entendido nada! Antes hay que poner unos trapos para que no se ensucie la tapicería. ¡Veras! Mejor tiramos unos cojines por el suelo, y así nos podemos sentar donde queramos.

LO HACEN.

.- ¿Sabes? Esto está bien. Me siento cómodo. Ya estaba harto de tener que ponerme las zapatillas al entrar en casa. O de andar sobre trapos cuando has encerado el suelo. ¡Tú, y tu manía de limpieza! Algo voy a ganar con el cambio.

.- Vamos a poner el sofá aquí, y la mesa delante. Y sobre la alfombra colocaremos los cojines. Haremos dos zonas distintas.

.- ¡Manos a la obra!

VAN HACIENDO LO QUE DICEN.

- ¡Ya está!
- ¡Espera! Falta algo... Vamos a poner sobre la mesa una bandeja con unos vasos y algunas botellas. Trae tú las botellas. Yo pongo los vasos.
- ¡Ha quedado perfecto!
- Y ahora los trapos para el sofá. Bueno, ¿qué te parece?
- A mí me parece bien. ¡Oye! Parece que lo tenías todo preparado.
- Hace unos días que lo tenía todo dispuesto. He esperado hasta el último momento. Creía que no lo entenderías.
- Pero si yo siempre he estado por el progreso. Ahora mismo me tumbo en el sofá. ¡Viva el progreso y la modernidad!
- Y yo me acuesto sobre la alfombra. ¡Viva la juventud!

ESOS SENCILLOS MOVIMIENTOS SE CONVIERTEN EN UNA ORGÍA.

DE PRONTO DEJAN DE REÍR Y SE MIRAN UNO AL OTRO LARGAMENTE.

- ¿Algo no encaja verdad?
- ¡Sí! Algo falla en el cuadro que estamos componiendo.
- ¿Qué?
- ¡Nosotros dos!
- ¿Nosotros?
- ¡Sí! ¡Nosotros! Mírame bien: ¿Crees que la ropa que llevo puesta, es lo más adecuado para estar revolcándome por la alfombra?
- ¡No! No parece lo más adecuado. Se hace raro.
- Igual que tú, puesto de americana y corbata tumbado en el sofá.
- Solo trataba de probar la novedad.
- Tenemos que cambiar de ropa. Hemos de ponernos a tono. Debemos contemporizar con los nuevos tiempos.
- ¡Me das miedo! ¿Qué pretendes hacer?
- Ayer pasé por unos almacenes que estaban de rebajas, y compré unas cosas. ¡Ahora verás! ¡Mira! ¡Mira! Todo de última moda.

EXTIENDE ROPA SOBRE EL SOFÁ.

- ¿Qué es eso?
- Este pantalón es lo último. Es de gran efecto. Y mira, esta camisa de raso es de infarto. Con la luz de la discoteca va cambiando de color. ¿Y este suéter? ¡Es precioso!
- ¿Es que vamos a algún baile de disfraces?
- Con este conjunto es con lo que mejor irás.
- ¡Yo no me pongo eso!

- ¡No digas tonterías!
- ¡Que no estamos en carnaval!
- ¡Quítate la ropa que llevas puesta! ¡Es cursi y anticuada!
- Mujer, tú no estás bien de la cabeza. Si siempre te han gustado mis corbatas. En realidad, me las compras tú.
- ¡Pues ya no me gustan! ¡Quítate la ropa!
- Pero, ya se hace tarde...
- Sobra tiempo, tú lo has dicho. ¡Vamos! Primero esa corbata tan horrible.
- ¡Quieta! ¿Qué haces?
- ¡La camisa también fuera!
- ¡Déjame!
- ¡La camisa!
- ¡Que me dejes!
- Ahora los pantalones. ¡Fuera!
- ¡Que pido socorro!

EL QUEDA EN ROPA INTERIOR.

- Algo tendré que hacer con tu ropa interior. He visto unos eslipas de colores que te quedarán muy sexis. Esos calzones que llevas no te favorecen nada.

- ¡Te has vuelto loca!
- Ve poniéndote esta otra ropa. Mientras, yo voy a tirar estas cosas a la basura. ¡Vístete y no hagas tonterías!



ELLA TOMA LA ROPA Y SALE.
MIENTRAS ÉL COMIENZA A VESTIRSE CON LA ROPA NUEVA.

- (Volviendo) ¡Estupendo!
- ¿Tú crees?
- ¡Claro que sí! ¡Vaya diferencia! Estás más joven y más guapo. Da unas vueltas para que vea bien el efecto. (Él lo hace) ¡Así! ¡Perfecto! ¡Ah! Se me olvidaba: ve quitándote los zapatos. Ahora vuelvo.

EL, PERDIDA LA VOLUNTAD, HACE LO QUE LE MANDAN.

- (Volviendo) ¡Ponte estos!
- ¿Estos? ¿Para qué?
- Hace más juvenil que esos zapatones que llevabas.
- Está bien, no vamos a discutir ahora por esto.
- ¡Has quedado de dulce!
- Bueno, ya me has visto bien, ¿Me puedo quitar este disfraz?
- ¿Qué es eso de quitarte esa ropa?

- Claro, ¿te olvidas que he de ir a la estación?
- Para eso te la has puesto.
- ¿Voy a ir a la estación así?
- Veo que ya lo has entendido. La primera impresión es la que cuenta. Y yo quiero que le caigas bien a tu sobrino.
- ¡Yo así no salgo de casa!
- Pero...
- ¡Están los vecinos! ¿Qué van a pensar si me ven vestido de esta manera?
- Yo te veo muy bien.
- Tú eres muy bondadosa. Si verme así debe dar risa. Seguro que si ahora salgo a la calle, los chiquillos vendrán tras de mí haciendo burla. ¡Hasta me apedrean!
- Mira, tú ahora sales a la calle y te comportas con naturalidad. Verás cómo hoy nadie hace caso de estas cosas.
- ¿Tú me has mirado bien? A lo peor me echan a la fuente.
- ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Eso sería antes. Ahora...
- ¡Pues yo así no salgo de casa!
- Te estás comportando como un niño malcriado. Está bien, yo te acompaño. Verás como no pasa nada.
- ¡No! ¡Eso sería aún peor! Notarán más el cambio.
- No te preocupes, ahora eso se lleva mucho.
- ¡Pero es que yo no quiero que me confundan con un turista!
- Bueno, me cambiaré yo también la ropa. Así nos tomarán por dos turistas.

ELLA SALE.

ÉL SE ASOMA AL EXTERIOR Y RETROCEDE ASUSTADO.

- ¡Vaya! ¡La vecina del tercero! Si me ve de esta facha, hace bando. Si ésta es la peor hora del día. Es la hora en que la gente sale para hacer la compra. ¡Vecinas arriba y abajo! La escalera no queda sola ni un minuto. Y yo equipado como para ir a jugar al golf, o para correr los Sanfermines. Y eso es lo que yo tendré que hacer si alguna vecina me ve: correr. Y con Ella no puedo discutir, si se ha empeñado en que vayamos así a la estación, tendremos que ir. Querido sobrino, menuda faena que me estás haciendo. Espero que valga la pena este sacrificio.

SUENA EL TELÉFONO.

- ¡Sí!... ¡Soy yo!... Bien, bien,... Todavía no... Ahora salimos para la estación... En cuanto Ella se vista... Oye, quiero decirte que a lo mejor mañana tampoco voy por la oficina... ¡No! ¡No ocurre nada! Bueno a lo

peor sí ocurre algo... No, nada grave... Es, ¿cómo te diría yo? Es como una metamorfosis... ¡Eso es! Una metamorfosis. ¿Tú has visto como los renacuajos se convierten en rana? ¡Pues eso!... No,



no, no me está saliendo cola ni nada parecido. Al menos por el momento. Es cuestión de colores, ¿Sabes?... Tengo una zona de mi cuerpo a cuadros, otra de color de rosa, y otra verde manzana... ¡Sí! Como una segunda piel... Pero tú no te asustes, son cosas de Ella, tú ya la conoces... Que dice que estamos anticuados, que nos tenemos que modernizar... ¡Sí! Hay que ponerse al loro, que yo no sé qué quiere decir eso. Como no sea por los colorines... Pues eso, que mañana te verás solo... Si ocurre algo que yo deba saber, me llamas... Sí, aquí a casa... Ya lo sé, gracias... Espero que no

dure mucho esta reestructuración... ¡Hasta luego! (CUELGA) ¡Vaya un día que se me espera! Con lo fácil que hubiera sido dar alguna excusa a mi hermana. Decir lo siento, que no tenemos sitio, que Ella no se encuentra bien... Pero yo soy así de servicial. ¡Gilipollas es lo que soy! ¡Y ahora me veo vestido de vedette!

.- (Entrando) ¡Ya estoy lista!

.- ¡Leche! ¿Pero eres tú?

.- ¡Claro que soy yo! ¿Qué te parezco?

.- Pero... ¿Qué te ha pasado?

.- ¡Nada! ¿Por qué lo preguntas? ¡Vamos!

.- ¡Vamos! ¿A dónde?

.- ¿Cómo que adónde? ¡A la estación! ¡Pareces tonto!

.- ¡Espera, espera! ¡No nos precipitemos! Vamos a sentarnos y a hablar.

.- Hablaremos por el camino. Se nos va a hacer tarde.

.- Hay tiempo de sobra. Tenemos que hablar de todo esto.

.- Bueno, ya estoy sentada. ¿Qué quieres?

.- Yo puedo entender hasta cierto punto, que el hecho de que un chico joven venga a vivir a esta casa, algo tiene que cambiar en nuestro día a día. Hasta aquí estoy de acuerdo contigo. Pero no creo que debamos exagerar hasta estos extremos. Yo te agradezco que quieras hacer la estancia agradable a mi sobrino, pero no veo por qué tenemos que cambiar nosotros. Cambiar de manera tan evidente. Y salir a la calle de esta forma tan ridícula.

.- Veamos, si no entiendo mal, a ti, lo que te parece bien, es que dentro de casa vivamos a lo moderno, y que cuando tengamos que salir de casa, seamos antiguos como hasta ahora.

.- Más o menos.

- ¡No has entendido nada!
- Yo, vestido así, no me reconozco. No soy yo. No me siento cómodo. Me veo ridículo. Y tú sabes que yo siempre he temido al ridículo. He pasado la vida intentando no caer en él.
- ¿Y crees que lo has conseguido?
- ¿Qué quieres decir?
- ¡Nada, nada! No me hagas caso. ¡Vamos!
- ¡Espera! Creo que tenemos que hablar más...
- Creo que ahora el que exagera eres tú.
- Sí, es posible que sea así. Todo esto nos está afectando a los dos. Creo que algo nos está pasando desde el anuncio de la llegada de mi sobrino. Puede ser que la vida que hemos ido construyendo durante tantos años sea algo artificial. Algo para ocultar nuestra frustración de no ser padres, de ser un matrimonio incompleto. Ahora, al despojarnos de nuestra ropa, nos hemos quitado el disfraz. Mujer, no hemos sido felices: ¡No somos felices!
- Yo no pretendía ir tan lejos.
- Hemos estado viviendo un carnaval. En un continuo Febrero, y como él, frío e inestable. Con esta ropa, que tal vez sea la verdadera, nos sentimos incómodos. Nos miramos y nos vemos extraños y distantes.
- Yo no lo veo como tú dices. Para mí, tú, con esa ropa... o con otra, sigues siendo el mismo. El mismo hombre del que yo me enamoré.
- No debemos seguir mintiéndonos. Ya no somos dos chiquillos enamoradizos. Hemos estado siguiendo un juego, y hoy, el juego se ha roto.
- ¡No se ha roto nada! Todo sigue vivo entre nosotros porque nuestro amor vive. Está tan vivo como el primer día. Al menos por mi parte.
- ¡Ha cambiado!
- ¡Como tú y como yo! Como todo en la vida. Es ridículo pensar que todo sigue igual que aquella mañana en que por primera vez te acercaste a mí. ¿Recuerdas? Era un domingo por la mañana. Se celebraba la fiesta de un gremio, yo estaba en la Plaza Mayor, y tú me mirabas con mucha insistencia. Poco a poco, con un ridículo disimulo, te fuiste acercando. Yo, como sin darme cuenta, me fui alejando buscando una de las calles que salían de la plaza. Una calle solitaria. La gente estaba en la fiesta.

MIMAN EL RECUERDO DEL ENCUENTRO.

- ¡Hola! (*Él insiste*) ¡Hola!
- ¡Ah! ¡No te había visto!
- .. Esto... ¿No te gusta la fiesta?
- ¿Por qué lo preguntas?

- Esto... Yo... Te he visto tan sola...
- Es que estoy esperando a alguien.
- ¿A alguien?
- ¡Sí!
- Bueno... Esto... Yo... ¡Adiós!
- ¿Y a ti?
- A mí, ¿Qué?
- ¿A ti te gusta la fiesta?
- ¡Sí, sí! Está muy bien.
- Entonces, ¿Qué haces aquí tan solo?
- Esto... Yo... Hay tanta gente... Luego tú...
- Yo, ¿Qué?
- Tú... Pues yo... Tú... Te ibas... Luego la gente...
- ¡Ja, ja, ja!
- ¡No te rías!
- No sabía que te molestaba el verme reír.
- ¡No, no! Si a mí...
- A ver si te aclaras. Te gusta verme reír, ¿Sí o no?
- ¡Sí, sí! ¡Me gusta mucho!
- ¡Vaya! ¡Eres muy lanzado! No te creí tan decidido.
- Sabes bien que he venido siguiéndote.
- ¿A mí? No lo sabía. ¿Por qué?
- Eres muy tonta o muy cruel.
- ¿Yo? ¡No me asustes!
- No me digas que no te habías dado cuenta de que voy detrás de ti toda la mañana. Que no has notado todas mis miradas.
- Me miran tantos hombres. En realidad me miran todos.
- ¡Eres una coqueta!
- ¿Por qué? ¿Te extraña que los hombres me miren?
- Esto... Yo...
- ¿Es que a ti no te parezco bonita?
- ¡Sí, sí! ¡Mucho!
- Pero mírame y dímelo a los ojos.



ÉL LA BESA.

- ¿Qué haces? ¡Me has besado!
- Bueno. ¡Ya está!
- Eso quiere decir que yo te gusto.
- Sabes bien que sí. Siempre me has gustado.
- ¡Me ha besado! ¡Me ha besado!
- No es para tanto...
- Ahora... Tendré que besarte yo a ti.

.- ¿Tú a mí?

.- ¡Claro!

ELLA LE BESA.

.- ¡Me has besado!

.- ¡Claro!

.- Esto... ¿Es que tú me quieres?

.- Eso debería de preguntártelo yo a ti. Aunque antes debes decírmelo tú a mí. Verás: primero yo me siento aquí. (*Lo hace*) Luego, tú te pones de rodillas ante mí, y me declaras tu amor.

.- ¿De rodillas?

.- ¡Claro! Es la costumbre.

.- ¿Y si nos ve alguien?

.- ¡Pero si aquí no hay nadie! Venga, yo te ayudo. Verás que fácil es.

ÉL SE PONE DE RODILLAS.

.- Yo, yo...

.- ¡Sigue!

.- Si es que no me salen las palabras...

.- Yo te apuntaré. Veamos, tú repite: Desde el primer día que te vi... solo pienso en ti.

.- (*Levantándose*) Pero si yo te conozco de toda la vida. Si hemos ido juntos a la escuela.

.- ¡Eso da igual! Tú repite lo que yo diga.

.- (*Vuelve a arrodillarse*) Desde el día en que te vi, no pienso más que en ti.

.- ¡Muy bien!

.- ¡No te burles!

.- Estoy locamente enamorado de ti.

.- Estoy enamorado de ti.

.- ¡Locamente!

.- ¡Locamente!

.- No puedo resistir más la voz de mi corazón.

.- Espera, espera. Yo no oigo ninguna voz en mi corazón.

.- Y he decidido declararte mi amor.

.- Y he decidido declarar mi amor.

.- Por eso te he seguido hasta aquí.

.- Pero si eso es lo que yo he hecho. No hace falta que me apuntes.

.- Bueno, sigue tú solo.

.- Yo te he seguido... Te he seguido...

.- Para decirte que te quiero.

.- Para decirte que te quiero.

ELLA SE LEVANTA ALZA LOS BRAZOS Y DA GRITOS.

.- ¡Me quiere! ¡Me quiere!
.- ¿Qué te pasa? ¿He dicho algo malo?
.- ¡Bésame! ¡Ahí no! ¡En los labios!
.- ¿En los labios?
.- ¡Claro! Ahora ya somos novios.

EN LA SALA VUELVE EL SILENCIO. TERMINA EL MIMO.

.- Tienes razón, ya no somos los mismos.
.- Al menos tú no eres aquel atolondrado muchacho. ¡Ja, ja, ja!
.- No es para tomarlo a risa.
.- Eres muy inocente. Por eso te quiero tanto. ¿No crees que nos hayamos divertido?
.- ¿Divertido dices? Si es como si estuviéramos en una casa de locos. La ropa, los cambios en la casa. ¡Tanto cambio me marea! ¡Nos vamos! Llegaremos tarde a la estación.
.- ¡Vamos!
.- ¡Vamos!

SALEN.

TELÓN

